



Yacambú: relato arqueológico de una memoria viva¹

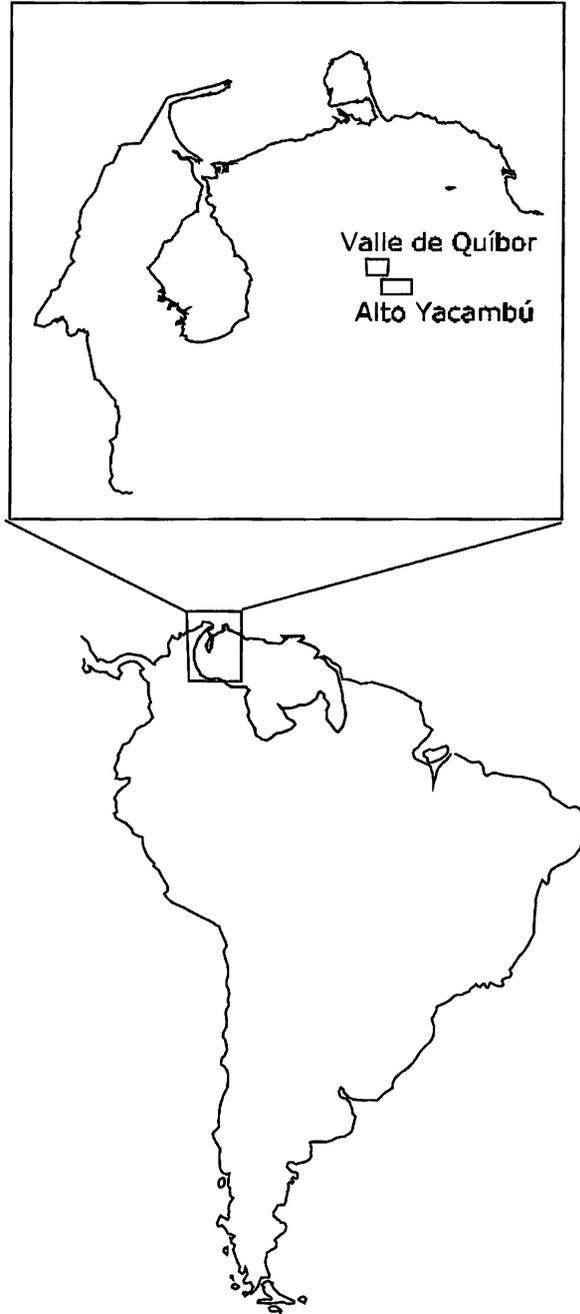
Lilliam Arvelo y Krisna Ruette

Introducción

Los habitantes de la Cuenca del Alto río Yacambú (Figura 1 y 2) han visto cambiar drásticamente su paisaje desde la década de 1960 cuando se inicia la construcción de la presa del Yacambú. Desde entonces las transformaciones introducidas en el paisaje, para la puesta en marcha de la Represa Yacambú, han incidido irreversiblemente en las formas de vida de las comunidades rurales asentadas en la zona desde hace por lo menos cuatro siglos. Nuestro interés en esta región se generó por la puesta en práctica del Proyecto de Arqueología de Rescate en el Área de Afectación del Sistema Hidráulico Yacambú-Quíbor (PARYQ). Este proyecto, que incluye la construcción de una represa en el Alto río Yacambú, y un sistema de riego en el Valle de Quíbor, ambos en el Estado Lara (Figura 2), fue iniciado en 1989, y entre este año y 1990 cubrimos toda el área primaria de afectación en el Alto Yacambú, es decir, la zona de presa. Posteriormente, entre 1991 y 1995 cubrimos el área de impacto primario en el Valle de Quíbor, donde se instalaría un sistema de riego. Los resultados de estos trabajos han sido presentados en diversas

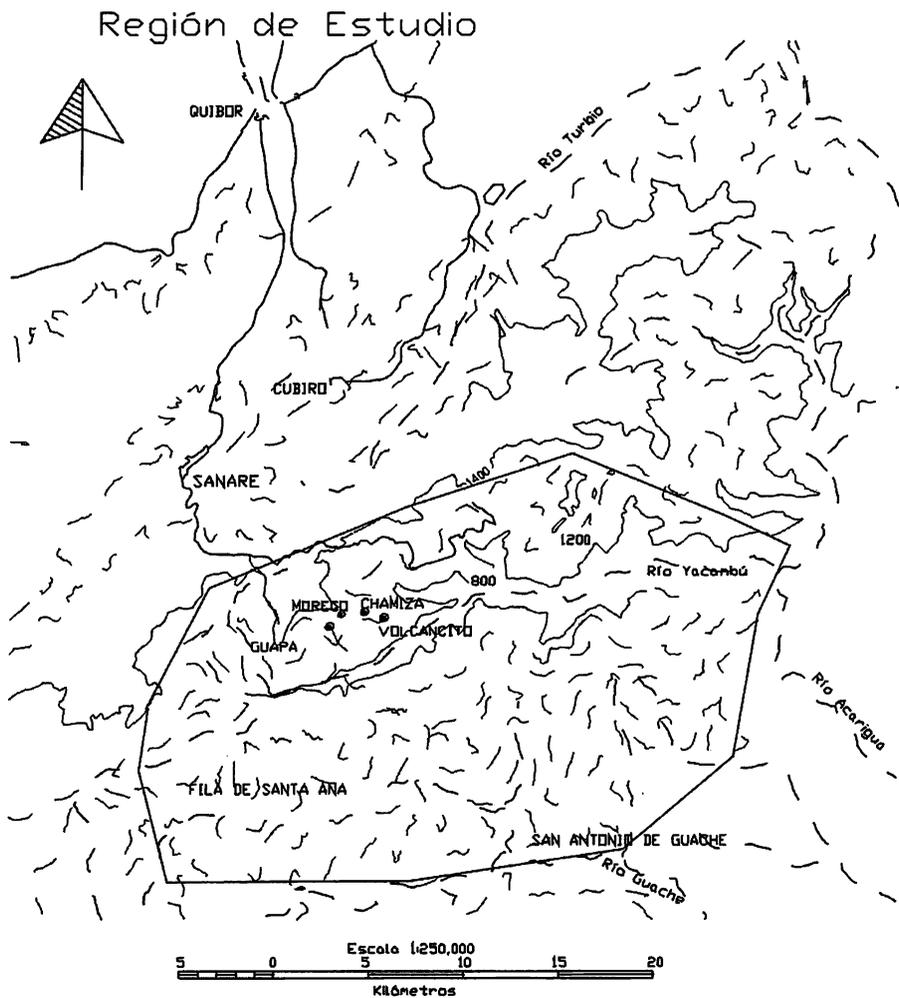
¹ Queremos agradecer a nuestros colaboradores locales, y en general a las comunidades de Chamiza, Cerro Pando, Quebrada Negra, Volcancito, Fila de Santa Ana, San Antonio de Guache, La Bucarita, Quebrada Honda, y Agua Negra Guache, por contarnos sus historias, caminar con nosotros, y compartir sus pesares y alegrías. A ellos va dedicado este trabajo. Los Morocho Escalona, antropólogos autodidactas, Renato Agagliate, amante incondicional del pasado sanareño, y Honorio Dam, incansable docente, nuestro eterno agradecimiento por su constante apoyo. Queremos agradecer al FONACIT, institución financiadora de esta investigación a través del fondo S1-96000946, otorgado entre los años 1997 y 2000, el cual fue administrado por el Centro Tecnológico del IVIC a través de Mirna Pérez. Asimismo, el Sistema Hidráulico Yacambú-Quíbor, en su sede de Sanare, siguió brindándonos su ayuda incondicional. Queremos en especial mencionar a la Ing. Marlene Guerra, quien apoyó nuestro trabajo local de forma entusiasta. Edgar Gil participó en las etapas iniciales de este proyecto, y tuvo bajo su cargo la recolección de información referente a especies animales. Asimismo, Marcia López, Bernardo Urbani, Yadira Rodríguez, Xiomara Escalona, Yoly Velandria y Diego Delgado, estudiantes de la Escuela de Antropología de la UCV para esa época, participaron en las diferentes sesiones de campo realizadas en el Alto río Yacambú. Al Sr. Pedro W. Bello(a) Willito, nuestro asistente de campo, nuestro más sincero agradecimiento por estar "allí" siempre dispuesto...

Figura 1
Ubicación relativa del área del estudio



conferencias tanto en el Estado Lara como en Caracas, así como en diferentes trabajos de tesis (Arvelo 1995, López 2001, Rodríguez 2003, Gonzáles 2005) y publicaciones (Arvelo 1998, 2000, 2001 a y b, 2002, 2003 a y b; Arvelo, Gil y Gil 1994; Arvelo, Gil y Wagner 1996; Arvelo y Gil 2000). En el año 1998 iniciamos un segundo proyecto para comenzar a recolectar información arqueológica en las áreas de impacto secundario del área de presa en el Alto río Yacambú (Figura 2), el cual fue denominado Uso Humano del Espacio en el Alto río Yacambú. Este trabajo se basa en el análisis de los datos obtenidos en este último proyecto.

Figura 2
La región del Alto río Yacambú



El entorno natural del Alto río Yacambú

La Cuenca del Alto río Yacambú, en el límite norte de la Cordillera Andina, en el Estado Lara (Figura 1 y 2), está dominada por sistemas de montañas, con grandes áreas de selva nublada y bosques siempre verdes que sobrepasan los 1400 msnm. Dentro de este paisaje boscoso existen grandes áreas altamente intervenidas por el hombre, sobre todo por actividades agrícolas, entre las cuales destacan el cultivo de algunos rubros, como el café (*Coffea arabica* L.), la papa (*Solanum tuberosum* L.) y hortalizas de altura. La zona se encuentra circunscrita a la Provincia Fitogeográfica del Caribe Meridional (García 2000), caracterizada por precipitaciones superiores a los 2000 mm anuales.

Nuestro conocimiento sobre variaciones en tiempo y espacio de estas conformaciones florísticas y geológicas es prácticamente nulo. Sólo podríamos extrapolar la existencia de un período más seco entre los 1400 y los 1800 D.C., el cual ha sido identificado en las zonas parameras andinas, y se ha denominado “la Pequeña Edad de Hielo” (Rull 1987). La presencia de este fenómeno puede explicar el período de intensa sequía que se experimentó en el Valle de Quíbor en el siglo XIX, y que ocasionó la emigración poblacional hacia la zona del Alto río Yacambú. Este evento ha sido documentado por Cunil Grau (1987) y está registrado en la tradición oral de las comunidades yacambeñas. Actualmente, la Región del Alto río Yacambú se encuentra localizada en el Municipio Andrés Eloy Blanco y para 1990 presentaba una población de 31.856. Este municipio a su vez se encuentra dividido en tres parroquias: Pío Tamayo, Yacambú, y Quebrada Honda de Guache, con 19.661, 7.273 y 5.222 habitantes respectivamente.

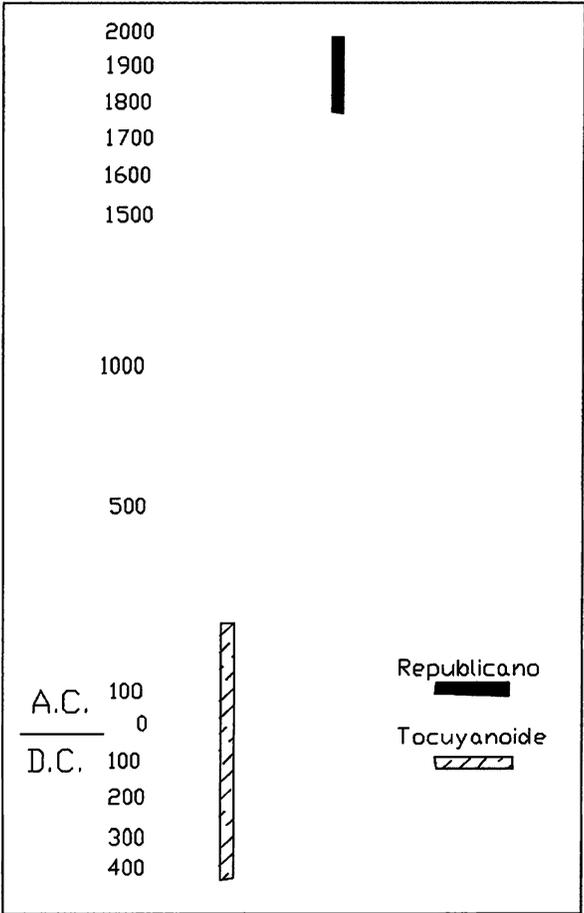
El proyecto “Uso humano del espacio en el Alto río Yacambú”

El objetivo principal de este proyecto fue estudiar los cambios en los sistemas de asentamiento en la región de estudio. Para ello la recolección de datos en el campo combinó informantes locales y prospecciones muestrales de áreas escogidas de acuerdo a la accesibilidad de informantes y los datos suministrados por ellos. La receptividad en las comunidades rurales del Alto Yacambú fue excelente, pero debido a nuestras limitaciones de tiempo, nos concentramos en tres áreas, Chamiza/Volcancito/Quebrada Negra, Fila de Santa Ana, y Guache (Figura 2). En las tres áreas se hicieron recorridos a pie con los informantes, y cada sitio fue ubicado cartográficamente, levantado, fotografiado, e identificado en fichas arqueológicas y etnográficas.

Identificamos 31 sitios arqueológicos, de los cuales uno (1) parece pertenecer al período prehispánico, y los treinta (30) restantes representan ocupaciones rurales de los siglos XIX y XX. En base a esta información, y la

recuperada entre 1989 y 1990², pudimos establecer una secuencia cronológica fragmentada (Figura 3), la cual se inicia aproximadamente a mediados del primer milenio antes de Cristo, con la ocupación Tocuyanoide, desconociéndose el final de esta presencia Tocuyanoide en la zona (Arvelo et al. 1994). El siguiente tramo cronológico conocido se inicia a finales de los siglos XIX y se continúa hasta el presente.

Figura 3
Tabla cronológica



² Cabe destacar aquí que durante el recorrido del área de presa realizado en el año 1990, ubicamos y excavamos dos sitios arqueológicos ubicados tentativamente entre finales del siglo XIX y principios del XX. Asimismo, durante la ampliación de la pantalla en la Garganta del Diablo, fue ubicado un abrigo rocoso con dos vasijas Tocuyanoide (Arvelo et al. 1994, 1997).

Asimismo, se recolectó una importante muestra etnográfica compuesta por mitos y tradiciones orales referentes a la historia de la formación de los caseríos rurales en estudio, y sobre diversos aspectos cosmográficos del paisaje yacambuceño. En este trabajo nos concentraremos en el tramo cronológico tardío, y nuestro objetivo será, por tanto, ofrecer, desde una perspectiva arqueológica, una descripción de los asentamientos rurales identificados en la cuenca Alta del río Yacambú, en el período correspondiente a los finales del siglo XIX y primera mitad del XX. Nuestra recopilación etnográfica nos permitirá comenzar a armar el sistema de percepciones que los yacambuceños tienen de su pasado, el cual está activamente vivo en su presente. Abordaremos el estudio del pasado de la región del Alto río Yacambú precisamente dentro de los lineamientos que nos dieron las comunidades que actualmente la habitan.

El Alto río Yacambú: las comunidades y su paisaje

Elementos conceptuales

A medida que nos adentrábamos en el Paisaje yacambuceño³ nuestra orientación conceptual comenzó a cambiar. Nuestra recolección de datos en el campo se inició con un marco conceptual explícitamente ecológico/funcional, esto es, nuestra meta era identificar, describir, cuantificar la evidencia que nos permitiera inferir cambios en los patrones de asentamiento y de subsistencia. No obstante, nuestra experiencia con las comunidades rurales yacambuceras nos permitió adentrarnos en una rica tradición oral y una particular percepción de las comunidades yacambuceras del espacio que habitan, que nos condujo a indagar sobre las nociones de paisaje, con el fin de enriquecer nuestra interpretación cultural del conjunto de datos arqueológicos y etnográficos recuperados.

Uno de los primeros aspectos que resaltó del conjunto de información recuperada fueron dos percepciones diferentes del espacio, la del mundo académico, representada por los autores de este artículo y la de las comunidades estudiadas. Esto puso en evidencia la dificultad que enfrentan los arqueólogos para inferir, partiendo de las nociones ecológicas/funcionales, tales como las de la “Nueva Arqueología” (Trigger 1989), aspectos mágico/religiosos e ideológicos como los obtenidos de nuestros colaboradores locales.

³ Los habitantes de la cuenca del Alto río Yacambú no se autodenominan como yacambuceños. Tampoco asumimos que los yacambuceños sean un grupo homogéneo definido por marcadores de identidad particulares que los distinguan por ejemplo de los sanareños u de otras sub-regiones aledañas. Utilizamos este denominador como una herramienta práctica para referirnos a todas las comunidades estudiadas; reiteramos que no tienen ningún contenido étnico, racial, social o cultural.

En el centro de esta consideración conceptual está la noción de paisaje, que obviamente nos permite entender el espacio humano habitado que estamos analizando como un todo integrado, más incluyente que las nociones dependientes de la dualidad aparentemente irresoluble de la tradicional concepción de la relación hombre-naturaleza occidental (Latour 1997; Biersack 1999; Kottak 1999; Escobar 1999). En este sentido, no existe un espacio, sino espacios que se conforman alrededor de la relación humana, y son susceptibles a la reproducción y al cambio, dado que su conformación forma parte de la praxis diaria de los individuos (Tilley 1994: 10).

Por medio de la interacción entre los individuos, el territorio humano adquiere significación. Entre los lugares y el espacio existe un nivel intermedio que corresponde al territorio, y éste se define por el conjunto de relaciones que mantiene con otros elementos de la vida social, y no por la demarcación material, ni por su forma medible (García 1976). En este contexto teórico, la noción de Cosmografía utilizada por Little (1997: 3) se adecúa perfectamente a nuestro análisis, ya que esta noción abarca los sistemas colectivos, las identidades histórico-contingentes, las ideologías y los conocimientos ambientales desarrollados por un grupo social para establecer y mantener un territorio humano. La cosmografía conjuga la cosmología y la geografía, y describe el proceso por medio del cual las visiones del mundo (cosmos) se inscriben (grafía) en las áreas geográficas (Ruelle 1998: 36; Vall 1998).

De acuerdo a este contexto conceptual, tendríamos entonces que el paisaje nunca está inerte, la gente, las poblaciones se involucran, lo construyen y reconstruyen, se apropian y lo enfrentan. Cada grupo humano lo lee, visualiza o entiende de acuerdo a su condición social, de género, y a su propia historicidad. En este sentido, va más allá del acto físico de supervivencia, para convertirse en un acto político y social (Bender 1993; Thomas 1993). En este trabajo, ahondaremos en el aspecto histórico, retomando las reconstrucciones históricas de nuestros colaboradores para comenzar nuestra reconstrucción académica del registro arqueológico recuperado, y de esta manera mejorar nuestro entendimiento de las formas particulares en las que se visualiza la historicidad del paisaje yacambucero. Esto mejorará nuestro acercamiento cognoscitivo a la comprensión de las diversas cosmografías que se han generado en el ámbito rural venezolano desde el siglo XVI (Arvelo 2003).

Un segundo aspecto, no menos importante en esta discusión, es la de los actores humanos. Hasta ahora hemos hablado de comunidades rurales; en este contexto, nuestros actores serían campesinos. Pero ¿qué entendemos por rural, campesino? La respuesta a esta pregunta es compleja, sobre todo si tratamos de darle un contenido histórico. Desde el punto de vista etimológico tanto campesino como rural se refieren a la vida en el campo, y dedicación a la agricultura (Diccionario Real Academia Española 1992, tomo I: 380, tomo II: 1820), aunque también conlleva la significación de inculto y salvaje. Otro

elemento importante, implícito dentro de lo que se concibe como campesino y rural, es la contraposición con la urbe o ciudad. Las raíces de esta concepción de rural y campesino subyacen en el corazón de la llamada civilización occidental, y sobre todo en las profundidades de lo que todavía conocemos como Edad Media (Genicot 1990; Rösener 1990). Desafortunadamente, en esta concepción aún se permean modelos contemporáneos de modernización, desarrollo, y globalización que continúan reproduciendo representaciones estereotipadas del campesinado como atrasado, irracional, ineficiente, “tradicional”, a-histórico y reaccionario.

Desde una perspectiva marxista (Wolf 1955; Dalton 1972; Shanin 1973) se estigmatiza al campesinado como una “clase social” agrícola, limitada a la producción de excedentes para una clase dominante, sin analizar sus particularidades históricas (Roseberry 1989). Asimismo, otras perspectivas marxistas definen al “campesino” como pequeños productores agrícolas, sustentados por fincas familiares, restringiendo a estas comunidades rurales a entes económicos, o a objetos político-ideológicos, sin aceptar sus particularidades históricas, étnicas, raciales, de género y culturales. Además, muchos estudios sobre el campesinado se han centrado en la elaboración de tipologías clasificatorias que no dan cuenta de la variedad de experiencias socio-históricas de estos actores (Wolf 1955). Igualmente, algunos estudios antropológicos perciben a las sociedades campesinas como “sistemas culturales” cerrados y locales, sin vincularlas a los macro-procesos históricos y sociales regionales (Redfield 1940, 1953). Sin pretender ser exhaustivos y mucho menos críticos con relación a este tópico, consideramos que en general estas perspectivas continúan impregnadas, explícita e implícitamente, de nociones evolucionistas y euro-céntricas que conciben a los campesinos como remanentes de un pasado, no sabemos cuán lejano, pero sí atrasado (Roseberry 1989). Por el contrario, consideramos que el estudio del campesinado debe dar cuenta de sus experiencias coloniales y modernas, y de sus particularidades históricas, étnicas, raciales, de género y culturales (Roseberry 1993). En fin, siguiendo a Roseberry (1993) y a Mallon (1995) abordamos el estudio de la formación del campesinado desde una perspectiva histórica procesual, con la intención de recuperar “desde abajo” y desde una perspectiva local-regional-nacional sus experiencias y transformaciones particulares.

Por otra parte, en nuestro país se asume como verdad histórica que los campesinos están compuestos por un sustrato en el que confluyen componentes europeos, indígenas y negros. Es decir, el campesino ha sido generalmente representado desde la formación del estado venezolano como “mestizo” o “criollo”. Es así como sus particularidades etno-raciales⁴,

⁴ El término etnoracial en ninguna instancia hace referencia al concepto biológico de raza, por el contrario utilizamos el concepto de raza constructor cultural que hace referencia a los aspectos somáticos del cuerpo humano (Omi & Winant 1994) y que es uno de los tantos marcadores de etnicidad (Alonso 1994).

geográficas, e históricas han sido diluidas por la ideología homogeneizante del mestizaje. En este orden de ideas, el interés reciente por comprender los procesos de recomposiciones étnicas o etnogénesis nos ha permitido mejorar nuestra comprensión de la formación histórica de este importante componente poblacional. Nosotros consideramos a las comunidades rurales del alto Yacambú como parte de los Pueblos sin Historia (Wolf 1982), aquellos grupos que no son aceptados por la historiografía oficial como productores de prácticas sociales con contenido histórico, y a los cuales se les niega su papel como agentes de los procesos de cambios socio-políticos de la región que habitan.

No pretendemos solucionar estas complejas temáticas, sino aportar nuevas ideas para abordar los estudios que nos permitan esclarecer los procesos que vemos cristalizados en el presente. Al contactarnos con los habitantes rurales del Alto Yacambú, fuimos enfrentados a un discurso cultural en el cual danzaban duendes, castillos, santos y guerrilleros en un aparente amasijo ininteligible. Estos elementos forman parte de una cosmografía que apenas estamos comenzando a recuperar, pero que posiblemente tiene remanentes indígenas imbuidas en matrices occidentales, en base a las cuales perciben y construyen su paisaje. Estas comunidades están articuladas con el sistema nacional macroestructural a través de la educación escolar, la iglesia (católica y protestante) y los sistemas económicos, y son producto de experiencias históricas coloniales y post-coloniales. No obstante, la cosmografía rescatada parcialmente en nuestra recopilación de datos orales, obviamente le da sustento a formas alternativas de construir el paisaje humano en el que habitan, el cual les permite acceder a los recursos naturales del paisaje, y mantener formas tradicionales de subsistencia, a través de la siembra en conuco, la caza, la pesca y, en mucho menor grado, la cría de algunas especies de corral. Siguiendo a Kuss, en nuestra región de estudio "...la geografía está intercalada por líneas históricas de relaciones sociales, ... y con diferentes órdenes de fenómenos y seres, que están fuera de la esfera humana, pero que están dentro de un orden de fuerzas cosmológicas..."⁵ (1989: 9). Nuestro estudio en el Alto Yacambú es, en consecuencia, histórico y antropológico, construido sobre un esqueleto arqueológico.

El paisaje yacambuceño

En la geografía quebrada de la cuenca alta del río Yacambú los asentamientos humanos se ubican invariablemente por encima de los 900 msnm; debajo de esta cota corre el río Yacambú, el cual se torna en una corriente peligrosa durante la época de lluvias. Hurgando en los relatos de los

⁵ Traducción de los autores.

habitantes de la zona, oímos de quebradas y zanjones, filas y cerros, habitados por una infinidad de seres de éste y otros mundos. El paisaje yacambuceño está definido por los caminos, las filas, cerros y las quebradas, elementos que organizan y ordenan el espacio habitado. El espacio y el tiempo de los habitantes rurales del alto río Yacambú giran en torno a los ejes de caminos que comunican entre sí las diferentes comunidades, y a su vez las enlazan con los centros urbanos. Estas redes de caminos constituyen el punto nodal sobre el cual se cuentan sus historias y se despliega la tela de sus cosmovisiones. Por las filas transitan duendes y aparatos malignos, seres espirituales que habitan en las piedras, que constituyen sus casas. Los cerros, junto a las quebradas, forman los límites conocidos de las comunidades humanas, donde especialmente las mujeres pueden ser raptadas por “Humanos” (Osos Frontinos), para convertirlos en compañeras. Imbricado en este primer nivel de paisaje hay otro cristiano y occidental, en el cual se acomodan -en el mismo paisaje de caminos, filas, cerros y zanjones- San Antonio y sus procesiones, estaciones de novenario, y cruces contra los derrumbes, junto con narraciones de eventos sobre indios, curas, arrieros, generales, guerrilleros y gobierno.

Las comunidades estudiadas

Contexto histórico general

Entre el final del siglo XIX y los comienzos del XX se suceden varias transformaciones político/económicas importantes en Venezuela. En primer lugar, se cierra el terrible ciclo de guerras intermitentes que se inician con las luchas independentistas desde principios del siglo XIX hasta 1821, cuando se declara la Independencia de Venezuela, con la Batalla de Carabobo. Después de este periodo de Independencia, se inician las guerras federales, las cuales abaten la economía nacional entre 1840 hasta principios del siglo XX (Gil Fortoul 1954; Arraíz 1991; Brito Figueroa 1978). Ya para esta época se inicia la dictadura gomecista, y se da el inicio de la industria petrolera. Hasta esta etapa histórica del descubrimiento del petróleo como un insumo industrial crucial para el desarrollo del capitalismo, Venezuela era un país rural, agrario (Brito Figueroa 1978).

En este contexto general, las noticias históricas sobre la región del Alto río Yacambú son fragmentarias. Sabemos que para el siglo XIX el proceso de expropiación de los territorios indígenas estaba consolidándose (Amodio 1991; Coppens 1971). Asimismo, la economía de la región seguía basándose en la agricultura de subsistencia, y a finales del XIX se inicia el cultivo del café, que sufre al poco tiempo el embate de la industria petrolera, que lo desplaza como rubro importante para el mercado (Brito Figueroa 1978, tomo III). Alrededor de la década de los sesenta se crea el Parque Nacional Yacambú, el cual

genera procesos de expropiación de terrenos y el abandono de caseríos completos. Asimismo, en esta misma década, se registran en la zona enfrentamientos entre guerrilleros y fuerzas gubernamentales. Esto generó, además de los procesos de expropiación, más tensión local y nuevos desplazamientos (Arvelo y Ruetter 2000).

Los yacambuceños narran su historia

La memoria histórica de la vertiente izquierda del Yacambú, donde se ubican y se ubicaron Chamiza, Volcancito, San Vicente y Cerro Pando (Figura 2), comienza con la colonización europea, cuando alrededor del siglo XVII se sucedieron varios intentos de las autoridades coloniales para reducir a los indios Yacambúes, a través del establecimiento de un puesto de misión católica, denominado Yainó. Este lugar estaba ubicado entre La Cruz de Yacambú, Moreco y Chamiza, pero según narra la historia oral, aparentemente unos indios Jirajaras quemaron lo que existía de la misión, asesinaron a uno de los padres, cuya cabeza cortaron y echaron al Pozo Azul. Este pozo constituye un punto histórico y simbólico de importancia, ubicado en el camino que comunica a Sanare con la región del Alto Yacambú. Existe otra laguna, con significados míticos importantes, la laguna de Moreco, donde los habitantes de los alrededores dicen que han visto una gran serpiente, con cara de sapo y cola espinosa.

La memoria social de los habitantes de Chamiza-Volcancito no reconoce activamente la formación de caseríos o pueblos para el período colonial o republicano, sólo mencionan eventos dispersos sobre las guerras federales, mencionando los dos bandos confrontados, amarillos y azules. Las referencias que hemos recogido hasta el momento indican que para la primera mitad del siglo XX comenzaron a producirse migraciones desde Sanare y Quíbor hacia lo que reconocen como los “campos”. Cuentan los informantes que estas movilizaciones se debieron a la falta de empleo en los poblados de mayor tamaño, de manera que se desplazaron en busca de tierras para sembrar. Al asentarse en estos lugares muchos interactuaron con los habitantes indígenas del sector, sobre todo a través de alianzas matrimoniales.

Alrededor de los sesenta se produce una fuerte movilización de la población de Volcancito y Chamiza, debido al gran impacto de las actividades guerrilleras en la zona. Algunos habitantes de estos caseríos se involucraron directamente en la revolución comandada por Argimiro Gabaldón⁶, por lo cual la ofensiva y retaliación del gobierno tuvo gran impacto en estas comunidades. Estos eventos produjeron muchas muertes por confrontación o confusión, lo que ocasionó que varias familias se movilaran hacia otros sectores de la

⁶ Argimiro Gabaldón Márquez fue dirigente político y jefe guerrillero. En 1962 comandó el frente Simón Bolívar en la serranía del suroeste del Estado Lara (García Ponce 1997: 420-421).

cuenca, en procura de mayor seguridad. Por otra parte, Volcancito y San Vicente (caseríos actualmente desocupados) sufrieron directamente el impacto de la creación del Parque Nacional Yacambú, hecho que motivó el desalojo y abandono de San Vicente y parte de las familias de Volcancito, las cuales se movilizaron a otros sectores de la cuenca, principalmente Chamiza, La Cruz de Yacambú y Guapa. Esto también produjo cambios importantes en estas comunidades, las cuales tuvieron que reestructurar su organización interna.

El paisaje yacambuceño visto por la arqueología

Realizamos una prospección arqueológica en los sectores reconocidos, por sus antiguos habitantes o sus descendientes, como San Vicente, La Rodriguera y Quebrada Negra. Se hicieron recorridos a pie con nuestros colaboradores locales, levantando caminos y estructuras rurales y otros tipos de sitios culturalmente significativos (pozos, piedras, árboles, quebradas entre otros), todos dentro de los actuales límites del Parque Nacional Yacambú, y correspondientes a los asentamientos expropiados y/o abandonados en la década de los 60', pero que fueron ocupados, por lo menos, desde finales del XIX. Contemporáneamente, se recolectó información etnográfica referente a historias de vida, así como identificaciones botánicas y zoológicas.

Identificamos 31 sitios arqueológicos, ubicados en las localidades de Cerro Pando, Moreco, San Vicente, Santa Ana, y uno ubicado en la carretera asfaltada dentro del Parque Nacional Yacambú. También se recorrieron aproximadamente 2 km de un camino de arrieros, el cual fue levantado y está asociado a los sitios de San Vicente. Asimismo, se identificaron dos ejes de caminos, uno en la Quebrada Negra, y el otro en La Rodriguera, y se identificó un área de dispersión de tiestos en Chamiza. A continuación presentaremos los resultados de nuestro análisis de la información arqueológica organizada en tres niveles: la unidad doméstica, la comunidad y la región.

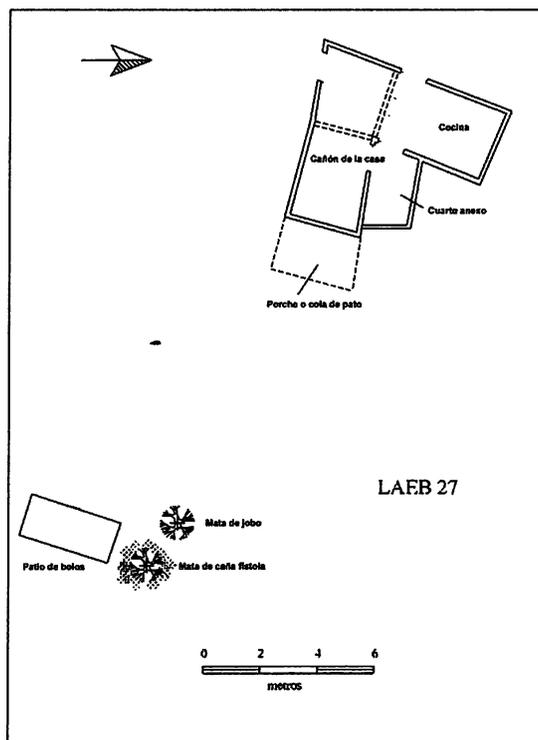
La unidad doméstica

La mayoría de las estructuras habitacionales eran y son utilizadas por una familia nuclear, algunas veces ampliada con otros miembros de la familia extendida. Una vivienda puede ser abandonada por diversos factores, entre los cuales destacan los tipos de localidad, la ubicación de los ojos de agua, motivos políticos (desalojos por creación del parque Yacambú o la actividad guerrillera) y mágico/religiosos (existencia de duendes y espíritus molestos).

Por otra parte, constatamos que la evolución de la vivienda pasa, en términos generales, por los siguientes tipos, en orden cronológico: casas vara en tierra, casas con paredes de bahareque y techo de paja, las cuales después de 1960 sustituyen la paja por el zinc y el bahareque por el bloque. En un

caso documentamos, a través de la tradición oral, la edificación sucesiva de estos tipos de vivienda en un mismo punto, aunque sólo se pudo registrar arqueológicamente el final de la secuencia, una casa con techo de zinc. En otro caso, una misma familia construyó tres viviendas sucesivas a lo largo del camino de la Quebrada Negra. Esta evolución en la vida de un espacio doméstico explica parcialmente las variaciones en tamaño de las estructuras habitacionales. Al aumentar el nivel socio-económico de los habitantes de una estructura habitacional, o al crecer el número de integrantes del núcleo familiar, ésta era sucesivamente ampliada. Los materiales constructivos son también indicadores temporales, así tenemos que el zinc entra en la zona entre 1940 y 1950, mientras que las casas de bloque son posteriores a 1960. Por otra parte, las casas vara en tierra están asociadas con los antiguos o ndios, aunque esta asignación étnica no es exclusiva. Arqueológicamente hemos recuperado información acerca de los tres primeros tipos de casas, un total de 19 estructuras habitacionales, más un campo de bolos (Figura 4), un horno de piedra (para elaborar acemitas) (Figura 5) y dos estructuras,

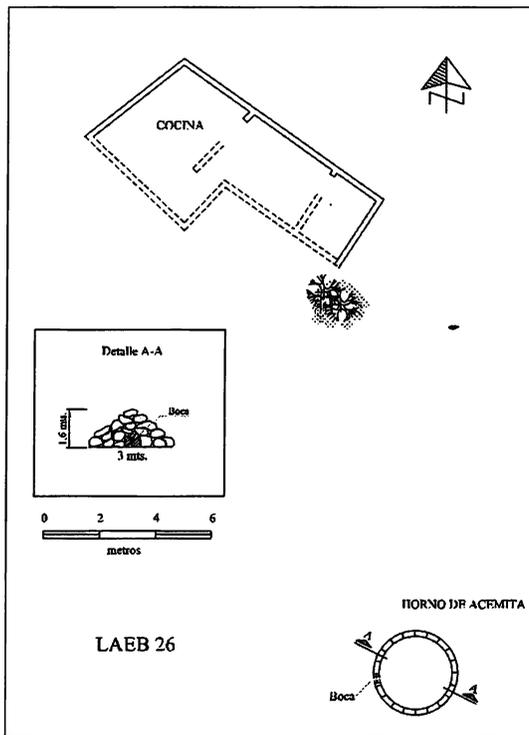
Figura 4
Estructura habitacional, LAEB 27



también de piedra, no identificadas. Todas las estructuras habitacionales eran de bahareque o adobes.

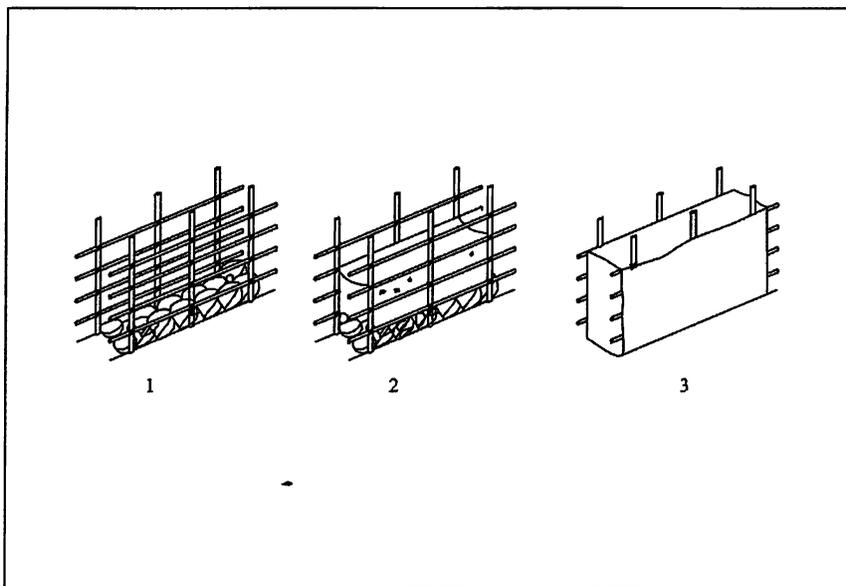
La evidencia arqueológica sobre las estructuras habitacionales indica que la mayoría medían entre 8 y 12 mts de largo, y 4 a 6 mts de ancho; usualmente tenían al menos dos divisiones internas, y algunas tenían lajas de piedra delimitando la planta general de la vivienda (Figuras 4 y 5). Las paredes de bahareque se construían levantando una doble hilera de palos, los cuales se rellenaban en capas horizontales por una mezcla de tierra y paja, de intercalada con piedras (Figuras 6). El piso se dejaba alisar por el uso. Las

Figura 5
Estructura habitacional, LAEB 26



cocinas consistían de estructuras a modo de barbacoas, elaboradas con madera y bahareque compactado, sobre las cuales se colocaban las piedras del fogón, que servirían de soporte a las ollas para cocinar. Dentro de este espacio que podía o no estar cerrado al exterior, se ubicaban tres tipos de piedras de moler, una para granos, otra para el café y la última para la sal (Figura 7). En varios casos, existían corredores externos, que servían para

Figura 6
Construcción de una pared de bahareque

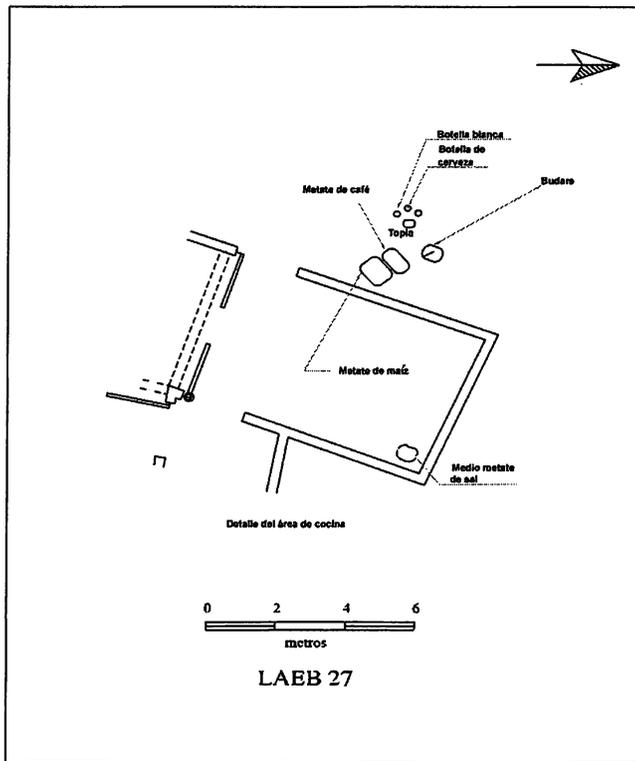


atar los caballos, mulas y burros, y en algunos casos fueron convertidos en habitaciones adicionales.

La cultura material recolectada es escasa, hasta ahora hemos recolectado algunos fragmentos de loza criolla, la cual invariablemente es identificada como proveniente del centro de producción de loza popular del pueblo de Yai, ubicado al norte de Sanare (Arvelo et al. 1994; Panigada 1986). Estas lozas criollas han sido encontradas en áreas de basureros, o en uso actual. Tenemos algunos fragmentos no diagnósticos de vidrio, y una botella medicinal. En uno de los sitios, identificado por nuestro informante como una de las viviendas que servían de sede para el festejo del Tamunangue⁷, pudimos observar la presencia de gran número de botellas de licor de caña clara. Asimismo, encontramos restos de contenedores de metal y molinos Corona (de los usados para moler maíz y carne), uno de los cuales fue reutilizado como elemento constructivo, para fungir como soporte de puerta. No encontramos ningún fragmento de semiporcelana.

⁷ Ceremonia religiosa larense ofrecida en honor a San Antonio de Padua, el 13 de junio. Esta celebración se inicia con el velorio y consta de rosarios, salves y tonos que se acompañan al compás de tambores, cuatros, quintos y maracas. La fiesta continúa en el templo la misa y la procesión de San Antonio, y finaliza con cantos y danzas hasta el atardecer (Strauss 1999: 722).

Figura 7
Detalle del área de cocina, LAEB 27



La comunidad

Las comunidades están unidas entre sí por vínculos familiares y políticos, y las agrupaciones de casas están íntimamente relacionadas con estos vínculos parentales. Por ejemplo, los dos caminos secundarios levantados en Volcancito, La Rodriguera y la Quebrada Negra, se corresponden con dos sectores diferenciados de la antigua comunidad de Volcancito. En Fila de Santa Ana, por su parte, los sectores dentro de la comunidad se diferencian en términos de los zanjones y quebradas. Cada agrupación por camino secundario o zanjón y/o quebrada se corresponde, a su vez, en términos generales, con una agrupación familiar extendida.

Los caminos forman parte del eje sobre el cual se organiza la comunidad y se teje el nivel de unidad doméstica. De los caminos principales parten las rutas que comunican las comunidades entre sí; de estas rutas parten ramificaciones menores, a lo largo de las cuales se ubican las unidades

domésticas. Existe un cuarto nivel, que no hemos podido deslindar muy bien, que estaría compuesto por vías que permitirían el acceso hacia las áreas de cultivo, o hacia sectores donde realizan la explotación de diversos recursos. De la red comunicacional levantamos un total de 6.5 km, que en gran parte de su recorrido lo encontramos como una zanja, que en ciertos sectores sobrepasa los 70 cm de profundidad, debido al desgaste y deterioro que ocasionaban tanto las bestias de arreo, como las temporadas de lluvias. A los lados de estos caminos se ubican las casas de vivienda, los pozos de agua, estaciones de velorio, y constatamos que muchas plantas útiles se ubican en los bordes de estos caminos. Gran parte de esta red de caminos ha sido borrada con las carreteras actuales.

La región

Uno de los aspectos fundamentales del análisis a nivel regional, fue constatar las diferencias existentes entre cada comunidad analizada en términos de su historia de fundación. A partir de estas historias concluimos que la vertiente norte del área de estudio parece ser la más antigua, esto es, la región dentro de la cual se ubican Chamiza-Volcancito y Guapa (Figura 1), la cual está relacionada con las primeras incursiones de los europeos en el siglo XVI y con la posterior creación y escisión del Resguardo del Yacambú. Lo que hoy en día se conoce como el asentamiento de Fila de Santa Ana fue fundado a principios del siglo XX. La fundación de este caserío está vinculada con los períodos de sequía registrados oralmente para principios del siglo XX. Aunque nuestros datos no son muy claros, parece que la fundación de los caseríos en San Antonio de Guache están relacionados con la escisión del Resguardo del Yacambú, en la segunda mitad del siglo XIX.

Por otra parte, uno de los cambios sustanciales registrados entre el siglo XIX y XX está relacionado con los sistemas de subsistencia. En primer lugar, pudimos constatar que por lo menos hasta mediados del siglo XX la cacería funcionaba como una actividad importante en la obtención de proteína animal. Asimismo, antes de la entrada del café, la zona parece haber sido un importante proveedor de algodón para otras regiones del actual Estado Lara. Probablemente fue uno de los abastecedores de algodón para la región del Tocuyo, donde se elaboraba la famosa tela de Tocuyo, muy apreciada entre los siglos XVI-XIX en la mayoría de las posesiones españolas en el continente americano (Troconis de Veracochea 1984; Rosas 1998).

La “modernización” de los campos es un hecho que ocurrió recientemente. Las vías carreteras para vehículos automotores fueron abiertas entre 1950 y 1960, impulsadas por los planes de construcción para la represa del Yacambú; la electricidad llegó a Chamiza entre 1979 y 1989. Pensamos que la evidencia presentada hasta ahora indica que las montañas del Yacambú fueron un área de refugio, donde formas ancestrales de vida pudieron subsistir a pesar del

avasallante avance de la sociedad industrializada. En efecto, la región del Alto Yacambú formó una suerte de refugio en distintas etapas, de diferentes formas para los grupos humanos que se asentaron allí. De acuerdo a los registros etnohistóricos, una vez que fue asesinado el cura de la doctrina del Yacambú, esta zona fue repartida en encomiendas, cuyos dueños españoles fundaron y se asentaron en la actual población de Sanare. De esta forma, las sociedades yacambúes quedaron en relativa libertad para continuar con sus formas culturales. Aunque no tenemos evidencias claras de lo sucedido durante las guerras independentistas, es posible que los yacambuceños hayan sido reclutados, forzosamente o no, por los diferentes bandos en pugna. Esto aparentemente sí sucedió durante las guerras federales, de las cuales pudimos registrar datos orales. En todo caso, durante estos períodos históricos, el Yacambú fue un área de aprovisionamiento de soldados. Durante el siglo XX, el uso de estos parajes como refugio se evidencia por su utilización, como base de operaciones, por parte de los grupos guerrilleros.

Comentarios finales

La cuenca Alta del río Yacambú es una vasta zona de 57 km cuadrados, y su historia reposa en la memoria viva de sus habitantes, en la dispersa documentación histórica y en el fragmentado registro arqueológico. Uno de los resultados más importantes de nuestro trabajo en el Alto Yacambú fue la posibilidad de darle contenido etnográfico a nuestra información arqueológica. Esto nos ha permitido una nueva comprensión de los datos recuperados, para comenzar una reconstrucción de una historia que desconocíamos, y cuyos fragmentos hemos comenzado a recuperar y a armar. La primera panorámica histórica que ha surgido nos ha permitido comenzar a reconstruir la cosmografía del paisaje yacambuceño, la interpenetración de los caminos y de las casas con su historia particular y local. Asimismo, hemos comenzado a analizar, interpretar y reconstruir un proceso histórico social que subyace a la gran historia o a la historia “oficial” de Venezuela. Nuestros personajes anónimos y sus historicidades confluyen para formar la gran historia de estas comunidades “sin historia”.

Los sujetos y objetos de nuestro estudio han sido campo de análisis de la sociología principalmente, y aparentemente no han sido de interés para la comunidad antropológica nacional. En este sentido, el estudio de estas comunidades, aparentemente sin historia, nos permitirá darle voz a grupos a los cuales no se les ha permitido participar en las historias oficiales. Esto abre las puertas para el planteamiento de nuevas preguntas de investigación, para indagar qué pasó en las “comunidades sin historia”, aquellas para las cuales la documentación escrita es escasa o nula, porque sus actores han sido silenciados. Precisamente la arqueología tiene mucho que aportar en la reconstrucción de la historia de estas comunidades.

Por otra parte, al englobar las manifestaciones culturales de las comunidades rurales como simples “expresiones folklóricas”, ponemos en evidencia nuestra incapacidad para entender, analizar y estudiar antropológicamente las transformaciones y cambios que han operado históricamente en las comunidades rurales, para poder indagar acerca del tipo de cambios, y de cuán profundos fueron.

Resumen

Este trabajo contiene los resultados del Proyecto Uso Humano del Espacio en el Alto río Yacambú. Se hace un recuento de la historia de nuestras investigaciones en el Estado Lara, relacionadas con el impacto de la puesta en marcha de la construcción de la Represa Yacambú. En el transcurso de nuestra experiencia de rescate en las áreas de afectación primaria y secundaria, logramos recuperar un conjunto de información arqueológica y etnográfica que nos ha permitido reconstruir parcialmente las cosmografías que explican la percepción del paisaje de las comunidades que han habitado esta zona desde finales del siglo XIX. Por otra parte, se realizó un estudio histórico y antropológico que nos permitió trazar las grandes transformaciones del paisaje yacambuceño entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX.

Abstract

In this article we present the results of the Project “Human Use of Space in the Upper Yacambú River Basin”, with a review of our research activity in this area, related to the impact of the construction of the Yacambú Dam. During our rescue experience in the primary and secondary areas of impact we were able to gather archaeological and ethnographic data which allow us to partially reconstruct cosmographies that explain the landscape perception of the human population from that area, from at least the last part of the nineteenth century. Also, we carried out an historical and anthropological study through which we trace the major landscape transformations in the Upper Yacambú area, from the end of the nineteenth century to the mid twentieth century.

Centro de Antropología
Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas
Apartado 21827, Caracas 1020-A, Venezuela
E-mail: larvelo@ivic.ve

The University of Arizona.
Department of Anthropology
Tucson, AZ 85721-0039, EE.UU.
E-mail: kruette@email.arizona.edu
Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas
Centro de Antropología
Apartado 21827, Caracas 1020-A, Venezuela
